



Albert Camus: también, un hombre de teatro

Santiago Sánchez

Hemos leído artículos dónde se reconoce el valor ético de Albert Camus y su enorme importancia como ensayista, novelista y periodista. Pero, el teatro, su amor por el teatro, ha quedado normalmente en un segundo plano. Sin embargo, él se reconocía como un apasionado del mundo del teatro, de la fuerza que este arte puede tener.

En las siguientes líneas recogeremos una serie de artículos, notas y declaraciones que tanto Albert Camus como personas allegadas a él hicieron respecto a su condición de hombre de teatro.

Nos hemos servido de testimonios personales recogidos en algunos ejemplares de reciente aparición e incluso, en algunos casos, inéditos en castellano, caso de la obra de su hija Catherine Camus "Albert Camus. Solidaire et Solitaire", editada por Michel Lafon en 2.009; el libro de Danielle Boone "Camus" de Ediciones Henry Veyrer del 87 o el ejemplar especial publicado por Telerama en Francia con motivo del cincuenta aniversario de su desaparición, con el título de "Camus. Le dernier des justes". También hay que señalar el documental "Albert Camus. La Tragedie du Bonheur" de Jean Daniel et Joël Calmettes aparecido en 2.009 bajo el sello de Chiloé Productions.

"Si queréis vivir la verdad, haced teatro".

El propio Albert Camus le confiesa a María Casares: "Me siento inocente en el teatro. Un escenario de teatro es, simplemente, uno de los lugares del mundo donde soy feliz". Y añade, en "¿Por qué hago teatro?": "Entre la sociedad intelectual, no sé porqué, siempre tengo la impresión de tener que pedir perdón. No puedo evitar la sensación de haber transgredido alguna regla del clan. Eso me impide ser natural y, claro, al no ser natural me desagrado a mí mismo. Sin embargo, en un escenario me siento completamente natural, es decir, no pienso en ser de tal o cual manera... simplemente comparto con mis compañeros los problemas y alegrías de una acción común. Eso se podría llamar, creo, camaradería, que ha sido una de mis grandes satisfacciones en la vida".

El teatro pues entendido como lugar de felicidad y de verdad:

"Las luces del escenario no perdonan y todos los trucos del mundo no impedirán jamás que el hombre y la mujer, que caminan o hablan en esos sesenta metros cuadrados, se confiesen y, a su manera, reconozcan, a pesar de los disfraces y los vestidos, su verdadera identidad. Sí, creedme, para vivir en la verdad, haced teatro."

Este último texto, recogido por Fabienne Pascaud en el citado número de *Télerama*, se completa con algunas informaciones de gran interés como que, si no hubiese desaparecido en la carretera aquel 4 de Enero de 1.960 –y de una manera tan estúpida como no se le hubiese podido ocurrir siquiera a algunos de sus héroes rebeldes contra el absurdo de la muerte– Albert Camus tenía muchas posibilidades de acabar dirigiendo un teatro. El ministro de Cultura francés, André Malraux, sólo pensaba en qué sala le iba a confiar para fundar, a partir de Septiembre de 1.960, una compañía estable dedicada al repertorio contemporáneo: el Nuevo Teatro. El Théâtre de l'Atenée era el previsto; se dice incluso que ese 4 de Enero, Malraux había intentado una cita para proponerle la Comédie-Française... Pero hay algo todavía más emocionante. En el maletín de cuero negro que quedó en la cuneta a pocos metros del coche accidentado, había un ejemplar de una edición escolar del "Otelo" de William Shakespeare, una de las tragedias que adoraba, dónde, entre otras anotaciones, se podía leer "una obra dónde todos los personajes tienen su justificación y, sin embargo, nadie es justo"...

Una vida obsesionada por el teatro. Actuar fue uno de sus primeros oficios en Argelia. En la época de su militancia en el Partido Comunista fundó en 1.935 un Théâtre du Travail de grandes resonancias militantes: "Su esfuerzo será el de restituir algunos valores humanos y no el de aportar nuevos sujetos de pensamiento". Cuando abandona el P.C. argelino, vuelve a crear, junto a sus compañeros, un Théâtre de l'Equipe, ahora desembarazado de toda ideología y abierto al gran repertorio clásico y contemporáneo y que anuncia en su manifiesto fundacional:

"El teatro es un arte de carne y hueso que ofrece a cuerpos vivos el cuidado de traducir sus lecciones, un arte grosero y sutil al mismo tiempo, un entendimiento excepcional entre movimiento, voz y luces. Pero al mismo tiempo es la más convencional de las artes, basada completamente en esa complicidad excepcional entre actor y espectador que aportan un consentimiento tácito y explícito a la misma ilusión: Arte convencional que exige al mismo tiempo "verdad y simplicidad, la violencia de los sentimientos y la crueldad en la acción". Por último recoge este primer manifiesto que esa compañía debería ponerse al servicio de: "Un teatro cuya consigna sea trabajo, investigación, audacia; no creado para prosperar sino para durar sin someterse".

Por su parte Catherine Camus en la magnífica obra citada recoge las diferentes etapas que marcan la relación de su padre con el teatro, comenzando muy joven, a principios de los años 30, con su encuentro con Jacques Copeau ("Yo pasé una hora apasionante con un ser lleno de tics, inquieto, desordenado, pero de una inteligencia deslumbrante"), y siguiendo, de nuevo, por su declaración al frente del Théâtre de l'Equipe el 21 de Enero de 1.939:

"El teatro sirve naturalmente a los grandes sentimientos, simples y ardientes, alrededor de los que gira el destino del hombre: amor, deseo, ambición, religión. Pero, por otra parte, responde a una necesidad de realización que es natural del artista. Esta oposición hace el teatro, lo dispone para servir a la vida y tocar a los hombres. El Théâtre de l'Equipe pondrá en escena esa oposición, es decir, que pedirá a sus obras verdad y sencillez, violencia en los sentimientos y crueldad en la acción. Así pondrá su mirada en las épocas dónde el amor por la vida se mezclaba con la desesperación de vivir..."

Un teatro "sin partido político ni religioso que intenta hacer de sus espectadores, amigos".

Luego, llega París. La amistad con Pablo Picasso, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, María Casares... la experiencia de "Le désir attrapé para la queue" de Picasso dirigida por Camus; su primer éxito: "El Malentendido"; luego el triunfo de "Calígula", con Gerard Philippe, a las que seguirán "La Peste", "El Estado de Sitio", "Los Justos"... como él dice en una entrevista a "Paris-Theatre": "He reflexionado mucho sobre la tragedia moderna... son intentos, en caminos a su vez muy diferentes y estilos variados para acercarme a esa tragedia moderna". Y una vez más se reafirma en su amor por el teatro en esta declaración a France Soir: "He encontrado en el teatro esa amistad y esa aventura colectiva que necesito y que todavía es una de las formas más generosas de no estar solo".

Es una época marcada por su relación con la actriz María Casares que, en su libro "Residente privilegiada" en 1.980 escribe sobre Camus:

"Ante su mirada lúcida, clarividente, abierta, cruelmente informada pero siempre compasiva; y esa voz secreta y apasionada, dolorosamente vehemente, orgullosa, irónica, fraternal; y su testimonio vivo que, sin prostituirse jamás, se limitaba a dar testimonio, rindiendo así homenaje y dignidad a quien lo escuchaba; y su grito incansable, el NO a los dioses y a los hombres injustos, a la mentira, al sufrimiento y a la muerte, y a toda orden que, bajo el pretexto que fuere, tienda a someter al hombre y a apartarlo del camino de su gran aventura: la del espíritu; finalmente, ante el combate que libraba consigo mismo contra el hastío, la rabia, la indiferencia, la distracción, el orgullo, las tentaciones de todo tipo; frente a las contradicciones, digo, que hacen de un bípedo un hombre cuando las reconoce y las domina, se revelaban a menudo en mí, mis propias contradicciones y con ellas, sentía vivir, la promesa de la mayor felicidad así como del más cruel y más puro dolor (...).

Cuando pienso en él, curioso de todo, abierto a todo, singular en todo, extraño a todo como un árbol arrancado de su suelo y a la luz que empuja sus raíces a través de la tierra entera para reencontrar o encontrar el aire para respirar junto a todos aquellos que se ahogan con él –defendiéndose y ofreciéndose a la vez– debatiéndose entre un conocimiento del mundo y de los hombres que no deja lugar a los sueños, pero manteniendo tenso día a día el hilo de su existencia dónde, sólo el estrecho camino cuenta en una solidaridad próxima a los que reconocía para vivir en el único orden que aceptaba, el de la fidelidad y la verdad: Prometeo eligiendo el camino de Sísifo y quemando las alas de Ícaro”.

Época en la que frente a la imagen habitual de Camus ensayista o filósofo, él mismo reivindica su condición de artista. Como deja escrito en sus Carnets de 1.949-59: “¿Por qué soy un artista y no un filósofo?: Porque pienso según las palabras y no según las ideas”.

Ya, en los últimos años, reafirma absolutamente su vocación teatral. En los “Apéndices” del Discurso de Suecia de 9 de Diciembre de 1.957, escribe: “He sido un apasionado del teatro desde todos los planos. Quiero decir, como autor, pero también como director y también como actor” y en la entrevista de ese año a París-Théâtre con motivo del Festival d’Angers dice “Preferiría tener un teatro propio. Tengo una idea, muy precisa, de qué es el teatro, de qué debe ser el trabajo de los actores. Me gustaría dar vida a mis conceptos”.

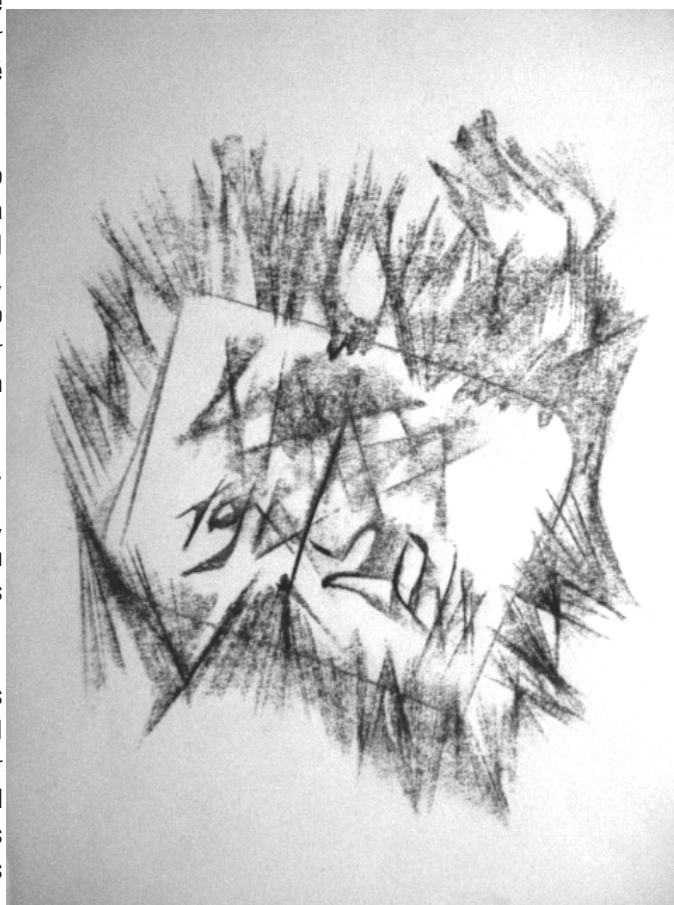
En la citada obra “¿Por qué hago teatro?” escribe: “Sólo cuando escribo mis propias obras, es el escritor el que trabaja en función de una obra que obedece a un plan más amplio y calculado. Cuando adapto, es el director el que trabaja según la idea que tiene del teatro. Creo, en efecto, en el espectáculo total, concebido, inspirado y dirigido por un mismo ánimo; escrito y dirigido por un mismo hombre, lo que le permite obtener la unidad de tono, de estilo y de ritmo que son las bazas esenciales de un espectáculo”.

Acabado el Festival d’Angers, donde remonta “Calígula” además de adaptar “El caballero de Olmedo” y “La devoción de la cruz”, escribe en sus “Carnets”: “Cansancio feliz. La vida, la maravillosa vida, su injusticia, su gloria, su pasión, sus luchas... la vida vuelve a empezar. Es necesario todavía amarlo todo, crearlo todo”.

Uno de sus últimos escritos sobre teatro lo encontramos en las notas sobre la puesta en escena de “Los Poseídos” de Dostoievsky en el Théâtre Antoine en 1.959: “En el teatro, estamos obligados a ser solidarios porque –incluso yo añadiría que existe una solidaridad sentimental– pero, en fin, lo que quiero decir es que estamos obligados porque el fruto de dos meses de trabajo como éstos sobre el escenario es un fruto que o lo recogemos juntos o no lo recoge nadie”.

Su vieja idea volvía: tener un teatro propio. Había negociado y las negociaciones habían dado resultado gracias a la tenacidad de su socia, Micheline Rozan (curiosamente quien posteriormente pondría en marcha junto a Peter Brook el CIRT y el Bouffes du Nord). Malraux había destinado un presupuesto del Ministerio de Cultura para la creación de un teatro experimental. Debía encontrarse con Camus en la primera semana de Enero para definir las condiciones administrativas. En su última carta a Jean Grenier, Camus escribió: “Es verdad que la próxima temporada, Malraux me va a movilizar para alimentar a los franceses con las virtudes trágicas de las que ellos pasan tan graciosamente”. Ese cinismo desesperado casaba mal con el inicio de una gran empresa y de un sueño largamente acariciado. Poco importa, el destino había decidido otra cosa. El 4 de Enero de 1.960 tenía lugar el trágico accidente que acabó con su vida.

Como señala Danielle Boone tenía la costumbre de enviar a los actores unas palabras de ánimo y consejos. Tres días después de su muerte, los actores, leían sus cartas que seguían diciendo: “¡Ánimo!. Buen trabajo. No os olvido. Estoy con vosotros”.



*Santiago Sánchez es director de la compañía de teatro
L'Om Imprebis*